

causa de su muerte. En su consecuencia, aceptaba para las Provincias Unidas una suerte mediocre de país vasallo de Francia.

Era, sin embargo, muy difícil que los dos principales Estados, Francia y Holanda, se reconciasen, sin más ni más, por un tratado particular; estaban demasiado comprometidos con sus aliados para poder sacrificárselos mutuamente. Luis XIV hallábase resuelto á no abandonar á Suecia, á la que la guerra contra el Brandeburgo había sido funesta. En junio de 1675 el elector Federico Guillermo había destruído un ejército sueco en el combate de Fehrbellin, que fué la primera gran victoria alcanzada por un Hohenzollern, y se había dedicado á la conquista de la Pomerania. Con él combatían los duques hannoverianos de Zell y de Brunswick y el rey de Dinamarca, quienes tenían firmados tratados con Holanda y estaban representados en el congreso de Nimega, y con los cuales había, por consiguiente, de contarse. Por estas circunstancias opinaba Temple «que sólo de la guerra podía salir la paz.»

Los holandeses se decidieron de mal grado á proseguir la lucha y amenazaron á los aliados con suspenderles los subsidios si, en la próxima campaña, no se portaban «franca y sinceramente... á fin de poder hacer resaltar la sinrazón de los franceses.» Pero el príncipe de Orange se alegró de que la paz fuese imposible, pues aunque se quejaba «de la conducta de los aliados, de la debilidad, ó aun mejor, de la inutilidad de las tropas españolas en Flandes, gracias á su falta de paz y de orden, y de que los imperiales operasen en el Rhin sin plan alguno y según las órdenes que les llegaban de Viena, en donde los celos de los ministros hacían dar á los generales muchos pasos en falso,» estaba empeñado en resistir al rey de Francia. Un día de enero de 1677 refirió á W. Temple que por la mañana había visto en La Haya «á un viejo solo en un barquichuelo, remando con todas sus fuerzas contra la corriente de una esclusa; que después de haber llegado con trabajo al sitio adonde deseaba ir, la corriente lo había arrasado; que había enderezado su barca lo mejor que había podido y que mientras él lo había mirado, le había sucedido tres ó cuatro veces lo mismo.» De ello deducía el príncipe «que había mucha relación entre los asuntos de aquel buen hombre y los suyos y que él había de obrar como había obrado aquel anciano, aun sin saber qué resultados tendrían sus esfuerzos.»

Francia no aguardó la primavera para comenzar la campaña de 1677, sino que en 28 de febrero puso sitio á una plaza muy importante, Valenciennes. Aquel mismo día el rey salía de Saint-Germain para llegar delante de la ciudad, y una vez allí, muy seguro del éxito y en muy buena disposición de ánimo, escribía á Colbert: «Mi cañón empieza á disparar hoy y hace mucho ruido; el tiempo es admirable; todo irá bien y los enemigos nada hacen para acercarse á mí.» En 17 de marzo Valenciennes fué tomada por asalto.

Inmediatamente después el rey y Monsieur marcharon á poner sitio á Cambrai el uno y á Saint-Omer el otro. El príncipe de Orange quiso libertar esa última plaza, pero fué derrotado en Cassel, en 11 de abril de 1677, por Monsieur, que tenía á sus órdenes á Luxemburgo y á de Humieres. Aquella batalla ganada era un gran acontecimiento en esas campañas de sitios; Condé

escribió á Luis XIV felicitándole y el rey le contestó: «Primo mío, con razón me felicitáis por la batalla de Cassel; si la hubiese ganado yo personalmente, no me sentiría más emocionado, así por la magnitud de la acción como por la importancia del suceso y sobre todo por el honor de mi hermano.» A pesar de estas palabras del monarca, varios familiares de Monsieur le predijeron que no ganaría ninguna batalla más porque no volvería á mandar un ejército, y la predicción se cumplió. Luis XIV no quería que le quitasen «nada de su gloria.»

Saint-Omer se rindió en 22 de abril y la ciudad y la ciudadela de Cambrai capitularon en 17 y 20 de mayo respectivamente. Cambrai, célebre por su antigüedad y por su sede arzobispal, era una especie de puerto avanzado español en la frontera de Francia, del cual salían continuamente expediciones que asolaban las campiñas francesas vecinas; de aquí que el sitio de aquella plaza fuese un gran acontecimiento. Al siguiente día de la capitulación, el rey escribía á Colbert: «Creo que el lugar en que está fechada esta carta no os desagradará; por mi parte, lo considero muy grato para un rey de Francia y para mí especialmente.» En conmemoración de aquel suceso, acuñóse una medalla que representa á un labriego francés arando en un campo tranquilo á la vista de los campesinos de Cambrai.

En el Rhin, después de la pérdida de Philippsburgo, los franceses se mantenían en la defensiva; después de haber devastado horriblemente el territorio entre el Rhin y el Sarre para que en él no pudiera sostenerse el enemigo, el cuartel general del ejército mandado por Crequi retrocedió á Nancy. Crequi envió un cuerpo para proteger la Alsacia, reservándose para sí la vigilancia del nuevo duque de Lorena que, después de la victoria de Philippsburgo, había creído llegado el momento oportuno de reconquistar su ducado, y había escrito en sus banderas *Aut nunc, aut nunquam*, «ó ahora, ó nunca.» Pero Carlos V no entró en sus tierras patrimoniales más que para verse obligado á salir inmediatamente de ellas, y Crequi terminó una campaña hábilmente llevada con un golpe magnífico. En octubre, los imperiales y los loreneses habían instalado sus cuarteles de invierno en el Palatinado, y Crequi, después de simular que preparaba los suyos, pasó el Rhin por Brissach, puso sitio á Friburgo y la tomó (9-17 de noviembre). La pérdida de Philippsburgo estaba compensada.

Durante esta campaña, prodújose en Oriente un cambio favorable á las armas francesas. Sobieski, ayudado por Nointel, embajador de Luis XIV en Constantinopla, había firmado la paz con los turcos, y á consecuencia de ello quedaron disponibles algunas tropas compuestas de polacos, alemanes, cosacos y tártaros que habían servido en aquella guerra. En aquel entonces llegaba á Varsovia un nuevo embajador de Francia, el marqués de Bethune, cuñado de la reina de Polonia, que era portador de varios presentes de su nación: una cama, un mobiliario, una magnífica carroza y una cruz de diamantes de caballero del Espíritu Santo, pues Sobieski había manifestado deseos de ser miembro de esa orden. A Bethune se le ocurrió comprar las tropas desocupadas y les dió por caudillo á un noble francés que después de la paz de los Pirineos, no sabiendo qué hacer, había ido á Polonia «en busca de la guerra.»

Ese noble, nombrado mariscal de campo por Luis XIV, entró en Hungría y allí dió mucho que hacer á las tropas imperiales.

En el Mediterráneo, Colbert lo había preparado todo para efectuar grandes operaciones. En 10 de abril había ordenado al intendente de marina de Tolón «que hiciese lo imposible para hacer partir los buques» destinados á Mesina «sin tardanza,» y que comunicase «en su primera carta que todos sus buques habían partido.» El mismo día había enviado una orden igual á Du Quesne «para que venciese todas las dificultades apelando á toda clase de expedientes, aun á los más difíciles...; no pidiese ninguna aclaración... y se hiciese á la vela sin perder un instante.» Los holandeses, empero, no enviaron su flota á las aguas de Sicilia.

Todo el año 1677 había transcurrido en negociaciones. En 3 de marzo los plenipotenciarios entregaban de nuevo sus proposiciones á Inglaterra, potencia mediadora; Francia las rechazó todas, excepto las de Holanda; pero noticias de Inglaterra llegadas hicieron que Luis XIV se mostrase más conciliador.

Carlos II había seguido viviendo de los subsidios franceses: dos millones quinientas mil libras en noviembre de 1675, á cambio de una prórroga del parlamento por quince meses; y cuatro millones setecientas mil libras más, dos años después, por otra prórroga. Pero comprendía el peligro que corría su cabeza y conjuraba á su «colega» á que se prestara á firmar la paz. En octubre de 1677 adoptó una resolución grave, cual fué llamar á Londres al príncipe de Orange, para darle la mano de su sobrina María, hija del duque de York y heredera de la corona de Inglaterra. Luis XIV deseaba ardientemente á esa princesa para su hijo el Delfín, y no sólo no pedía dote sino que, por el contrario, ofrecía á Carlos un regalo de tres millones de libras. No era muy cara la adquisición tratándose como se trataba de obtener para su familia, al lado de la sucesión de España la de Inglaterra; pero contra ese matrimonio habríanse sublevado los ingleses quienes, en cambio, acogieron afectuosamente á Guillermo, que se casó allí en noviembre. Aquella unión parecía ser el preludio de una coalición de Inglaterra y Holanda. El «partido popular» inglés opinaba que Luis XIV debía «su grandeza y el ruido que metía en el mundo» únicamente á la condescendencia del rey Carlos, y Guillermo intentó poner en práctica en seguida la coalición, anunciando sus propósitos de retrotraer á Francia al estado terrible de 1659. Pero Carlos, que no quería llegar á tales extremos, propuso á Luis XIV que conservase Aire, Saint-Omer y el Franco-Condado y restituyese las demás conquistas, dando á tal proposición el carácter de ultimátum, ya que se fijaba un plazo para la respuesta. Luis XIV ni aceptó ni rechazó lo que se le proponía y dió largas al asunto; en vista de lo cual en 10 de enero de 1678 Holanda é Inglaterra firmaron un tratado de alianza. A partir de aquel momento, el ingreso de Inglaterra en la coalición pareció seguro.

Luis XIV opuso á aquel peligro una prudencia y una energía grandes. En enero ordenó la evacuación de Mesina, á pesar de haber declarado Vibonne á los mesineses que el rey, «deseando más que nada el triunfo de las víctimas sobre sus opresores,» estaba decidido á «tomarlos definitivamente bajo su poderosa y amistosa

protección,» y á «devolverles sus franquicias y libertades, según el derecho sagrado de toda república.» Luis XIV sabía perfectamente que mientras los franceses permanecieran en Sicilia, ni Holanda ni Inglaterra querían oír hablar de paz, porque temerían que Francia quisiese hacerse dueña del Mediterráneo; pero al mismo tiempo que ordenaba aquella retirada, apercibíase á dar un gran golpe en los Países Bajos. En febrero puso en movimiento un ejército de ciento veinte mil hombres y, engañando á los enemigos con un largo rodeo en Lorena, llegó el 4 de marzo á la vista de Gante, que capituló el 9; tres días después rindióse la ciudadela. Con esto quedaban advertidos los holandeses: si persistían en rechazar la paz, después de Gante tocaríale el turno á Amberes, y hartos sabían ellos que Amberes en poder de Francia significaba la ruina de Amsterdam.

Luis XIV se contenta con haber dado aquella prueba de su fuerza, y temeroso de producir en Inglaterra y en Holanda una emoción demasiado viva, abandona el ejército en abril. Sintióse todavía bajo el peso de un ultimátum, calcula con exactitud lo que puede exigir y las concesiones y restituciones que debe otorgar para obtener la paz y hace públicas las condiciones bajo las cuales entrará en tratos, á saber: todos los territorios conquistados á los aliados de Francia, particularmente á Suecia, les serán devueltos; Francia permutará Friburgo por Philippsburgo, que ha perdido, ó bien conservará Friburgo; España cederá á Francia el Franco-Condado y varias ciudades de Flandes, entre ellas Valenciennes, Bouchain, Condé, Cambrai, Aire y Saint-Omer; Holanda recobrará Maestricht y Francia firmará con ella un tratado de comercio; el ducado de Lorena será restituido al duque, pero con una servidumbre de paso para las tropas francesas; el rey de Francia retendrá en su poder Nancy, pero dará, en cambio, Toul. Estas condiciones habrán de ser aceptadas y los tratados firmados antes del 10 de mayo; pasado este día, el rey recobrará su libertad de acción. Luis XIV era, pues, quien lanzaba un ultimátum á Europa.

Importaba mucho que Inglaterra no se declarase en contra de él en aquel momento crítico. Agitábase allí el partido de la guerra y el príncipe de Orange hacía los últimos esfuerzos para conseguir que Carlos perseverase en la política que había aceptado al firmar el tratado de enero, y decía: «El rey, que tanto navega, no aprenderá nunca una palabra que emplean los marinos, que yo aprendí en mi último viaje y de la cual me acordaré siempre. La tempestad era muy violenta y el capitán del buque no cesó en toda la noche de gritar al timonel: «¡Firme, firme!» Pero Carlos II hallábase entonces cercado de intrigas y agobiado de desazones; el Parlamento, trabajado por ambiciones de políticos, sospechaba de las intenciones del rey, que, en efecto, eran sospechosas, y después de haberle impuesto la guerra se alarmó cuando le vió dispuesto á hacerla, inventó dificultades y exigió garantías «sobre materias de religión.» Carlos, que en el fondo de su corazón seguía sintiendo inclinación por Francia, dirigióse nuevamente á ésta y exigió como precio de su neutralidad un subsidio de tres millones de libras durante tres años, subsidio que Luis XIV le prometió en mayo de 1678.

El rey de Francia trataba con especial consideración

á Holanda. A instancia de los Estados generales, prorrogó hasta 15 de agosto el plazo que había dado á los coligados, y sus agentes maniobraban en las ciudades holandesas, en donde aumentaba el partido de la paz. Todas sus gestiones fueron sumamente hábiles; para demostrar que estaba dispuesto á proseguir la guerra, reapareció á mediados de mayo al frente de su ejército; pero al mismo tiempo hizo saber á los holandeses que no atacaría ninguna nueva plaza antes de fin de junio, y entonces las ciudades de Holanda decidieron enviarle una diputación. El príncipe de Orange comprendía que no podría resistir más tiempo á los pacíficos: «Comienzo, decía al ministro de Brandeburgo, á considerar la paz, aun siendo vergonzosa y ruinosa, como necesaria, si es que se quiere conservar lo que queda en los Países Bajos; por otra parte, el pueblo, consternado, nos obligará á firmarla.» En 22 de junio los Estados generales ordenaron á sus representantes en el congreso «que antes de fin de mes concertaran y firmaran el tratado de paz con aquellos aliados que á ello se hallasen dispuestos;» y habiendo España declarado estar también pronta á firmar, comenzóse á redactar las actas.

Hubo un momento, sin embargo, en que la paz se vió comprometida. Luis XIV estaba resuelto á hacer restituir á los suecos los territorios que habían perdido, porque entendía que abandonar á Suecia habría sido ceder en el primer artículo de su ultimátum, obscurecer su gloria, destruir su crédito cerca de los príncipes que pudieran venderse y arruinar la política seguida en el Imperio por las dos coronas de Francia y de Suecia, desde hacía tanto tiempo aliadas. Ahora bien: como sabía que Dinamarca y el Brandeburgo, que acababan de vencer á Suecia, no soltarían su presa si él no llevaba la guerra á la Alemania del Norte, quiso retener, de entre las ciudades que había prometido restituir, aquellas desde las cuales podrían sus tropas ponerse en movimiento; y cuando á fines de junio se comunicó esta intención á los plenipotenciarios de Nimega, la opinión del congreso reaccionó, temerosa de alguna gran perfidia. El partido de la paz hallóse desacreditado en Holanda y la opinión inglesa, turbada en aquel entonces por una violenta crisis antipapista, obligó al rey Carlos á firmar con los holandeses, en 26 de julio, un tratado de alianza ofensiva y defensiva, por virtud del cual Holanda continuaría la guerra é Inglaterra la empezaría, si Francia no declaraba, antes del 11 de agosto, que evacuaría las plazas, sin esperar «el restablecimiento de Suecia.» Al efecto, habiase trasladado á Holanda un cuerpo de nueve mil ingleses y la flota esperaba la orden de marcha.

Luis XIV intentó obtener un plazo, haciendo decir á los plenipotenciarios holandeses que estaba dispuesto á examinar todos los «expedientes» que pudieran proponérsele; pero aquéllos contestaron que era preciso que todo quedase terminado antes del 11 de agosto. En su consecuencia, el rey hubo de encontrar por sí mismo el expediente, que fué muy bien pensado y consistió en sugerir á Suecia que declarase que no se opondría á la paz entre Francia y las Provincias Unidas, siempre y cuando éstas prometiesen no ayudar á Brandeburgo. Relevado así de su compromiso por sus propios aliados, Luis XIV desistió, en 2 de agosto, de su pretensión de retener algunas ciudades; y aunque ha-

bría querido que, antes de firmar el tratado, los holandeses le enviasen una diputación para de este modo conceder, en una de aquellas audiencias solemnes en que se complacía en hacer un gran papel, la paz al enemigo á quien no había podido vencer, hubo de renunciar á ello porque el tiempo apremiaba. El día 10 de agosto se trabajó de firme en Nimega; los holandeses se mostraron obstinados en varios puntos y más de una vez «guardaron sus papeles,» y los plenipotenciarios franceses hubieron de hacer algunas concesiones. Por fin, á las once de la noche del 10 de agosto, se firmaron las actas.

Tres fueron éstas: un tratado de paz entre Francia y Holanda; un tratado de comercio y de navegación entre ambos países, y una tregua entre Holanda y Suecia. Por el primer tratado, Luis XIV cedía Maestricht, pero conseguía que se mantuviera en ella el libre ejercicio de la religión católica, y restituía al príncipe de Orange su principado y los bienes que poseía en el Franco-Condado, Charolais y Flandes. El tratado de comercio disponía que los súbditos de ambos países «pudieran franca y libremente frecuentar con sus mercancías y buques los territorios... de uno y otro Estado... sin que esta libertad recíproca puede ser prohibida, limitada ó restringida por ningún privilegio, gracia ó concesión alguna particular (1).»

En el momento en que la paz se firmaba, Luxemburgo bloqueaba Mons. El príncipe de Orange había llevado su ejército muy cerca de aquella plaza, esperando conseguir aquel año, como en los anteriores, alguna victoria que le permitiera entrar en Francia, sublevar en ella á los descontentos y dictar la paz. Luxemburgo esperaba verse atacado por él cuando en la noche del 13 al 14 de agosto, un correo llegado de Nimega llevó al campamento francés la noticia de que la paz estaba hecha. El mariscal había de suponer que el príncipe se habría enterado del suceso lo mismo que él y aun algo antes, por estar los holandeses más cerca de Nimega que los franceses; sin embargo, permaneció alerta. Su ejército ocupaba la escarpada meseta de Saint-Denis, situada á dos leguas al Norte de Mons; allí le atacó el príncipe el día 14 de agosto, empeñándose una batalla furiosa, sangrienta é indecisa. Al día siguiente, Guillermo, en una carta escrita al gran pensionario de Holanda, declaraba «ante Dios» que en aquel momento recibía la noticia de la paz y sin que hubiese llegado á sus manos ninguna «carta del Estado.» No es verosímil que nada supiera de aquel suceso; en cambio, es muy probable que quisiera romper la paz por ser la guerra necesaria para su fortuna. Por lo demás, el mariscal de Luxemburgo odiaba la paz tanto como el príncipe. Cuando se hubo publicado el tratado oficialmente, esos dos caudillos se vieron y hablaron «de la inutilidad en que cada uno de ellos había de hallarse durante la paz, y de la necesidad de dedicarse á la caza para no estar ociosos.» «Durante la paz, decía Luxemburgo, son muy despreciados los hombres de guerra.»

Desde el momento en que Holanda, para cuya defensa habíanse armado los demás Estados, hubo firmado la paz, la coalición se disolvió. España estaba enton-

(1) Véase anteriormente.

ces gobernada por don Juan de Austria, hermano natural del joven rey, que abandonó la política del jesuita Nithard, desterrado, y de la reina madre Mariana, retirada á un monasterio. Había ésta proyectado el matrimonio de su hijo con una hija del emperador, pero don Juan de Austria pensaba pedir para Carlos la mano de María Luisa, hija de Monsieur. En 17 de septiembre firmóse en Nimega el tratado entre España y Francia, en las condiciones fijadas por Luis XIV en su ultimátum, es decir, devolviendo el rey de Francia Charleroi, Binche, Ath, Audenarde y Courtrai, adquiridas en 1668 en virtud de la paz de Aquisgrán, y además Limburgo, Gante, el fuerte Rodenhuz con el territorio de Waes, Leuve y Saint-Gislain, ocupadas durante la guerra, y cediéndole el rey de España el Franco-Condado, Valenciennes, Bouchain, Condé, Cambrai, Aire, Saint-Omer, Ipres, Warwick y Warneton, Poperinghen, Bailleul, Cassel, Bavay y Maubeuge (1).

El emperador no se hallaba en condiciones de poder continuar la lucha. La insurrección húngara aumentaba gracias al socorro de Francia; Tekeli inscribía en sus monedas la divisa: *Ludovicus XIV Galliae rex, defensor Ungariae*; y Sobieski apoyaba en el Oriente de Europa la política francesa. Leopoldo, amenazado en su propio archiducado, en donde habíanse levantado algunas partidas protestantes, hubo de resignarse y aceptar dos tratados, que también se firmaron en Nimega, en 5 de febrero de 1679. Por el primero, entre Francia y el emperador, aquélla renunciaba á Philippsburgo y conservaba Friburgo, con un camino entre esta ciudad y Brisach, y prometía devolver al duque de Lorena su ducado, menos Nancy y Longwy, con la condición, empero, de que cuatro vías de media legua de ancho pusieran en comunicación Nancy con Saint-Dizier, la Alsacia, Vesoul y Metz. El emperador no pudo obtener mayores concesiones para su aliado y vasallo, el duque de Lorena, quien se negará á volver así desmembrado y humillado á sus dominios, con lo que el rey de Francia conservará el ducado en su poder. El emperador prometía, además, no socorrer ni ayudar en modo alguno al elector de Brandeburgo. Por virtud del segundo tratado, entre el emperador y Suecia, ambos Estados volvieron al *statu quo ante bellum*.

Faltaba imponer la paz á los enemigos de Suecia, que se había defendido pésimamente, y para ello intimóse á Brandeburgo y á Dinamarca que restituyesen á aquélla los territorios que le habían conquistado. Pero Federico Guillermo, que quería conservar á todo trance la Pomerania, después de haber solicitado inútilmente la ayuda del emperador y de Holanda, suplicó á Luis XIV que no le abrumase:

«Después de todo, Monseñor, harlo comprendo que hay demasiada desigualdad entre las fuerzas de Vuestra Majestad y las mías y que yo podría ser aplastado por un rey que ha llevado solo el peso de la guerra contra las más grandes potencias de Europa, saliendo de ella con tanta gloria y éxito; pero ¿hallará Vuestra Majestad ventaja en la ruina de un príncipe que tiene vivos deseos de servirlos y que, de permanecer siendo lo que

(1) Además el rey de España procuraría conseguir del obispo de Lieja la cesión de Dinant á Luis XIV; y en caso de no lograrlo, habría de dar á éste Charlemont.

es, podría aportar á vuestro servicio algo más que su sola voluntad? Ciertamente que Vuestra Majestad, si me destruyese, sería el primero en arrepentirse de ello porque difícilmente encontraría en todo el mundo un príncipe que fuese vuestro servidor más verdaderamente y con más respeto y celo que yo.»

Luis XIV se mostró insensible. Federico Guillermo luchó mientras pudo, y habiendo penetrado en Prusia, en noviembre de 1678, un ejército sueco reclutado en Polonia con permiso de Sobieski, acudió allí en trineo y arrojó de sus Estados al enemigo, después de una ruda campaña de tres meses. Pero en la primavera de 1679 Crequi invadió sus ducados renanos y las tropas brandeburguesas retrocedieron hasta el Weser, que los franceses atravesaron en 30 de junio. El día antes había firmado el tratado de Saint-Germain-en-Laye, por el cual el elector restituía á Suecia la Pomerania, ingresaba en la alianza de Luis XIV y prometía á éste su voto para cuando vacase el Imperio. El rey, «para demostrarle el placer con que veía su ingreso en la alianza,» le hizo un presente de trescientos mil escudos.

Dinamarca, como Brandeburgo, rogó y suplicó al rey que le dejase algún provecho de la guerra; adujo en apoyo de esta petición que Suecia le había inferido muchos agravios; solicitó, á falta de territorios, «alguna cantidad de dinero;» dijo que se consideraría «desgraciado en demasía» si Su Majestad le trataba peor de lo que había tratado á Brandeburgo; y mostró deseos de que el rey de Francia diese á su rey el título de Majestad. Luis XIV no accedió á nada de esto y el ejército de Crequi entró en Oldenburgo. En noviembre de 1679 Dinamarca aceptó resignada el tratado de Fontainebleau; Luis XIV había impuesto leyes á aquel príncipe en el fondo del Norte.»

CAPÍTULO V

DESDE LA PAZ DE NIMEGA HASTA LA TREGUA DE RATISBONA (2)

I. Los preparativos para las «reuniones.» — II. Las reuniones en Lorena, en el Franco-Condado y en Alsacia. Casal. — III. La tregua de Ratisbona.

I.—Los preparativos para las reuniones

Después de la paz de Nimega, «puede decirse, escribe el marqués de La Fare, que la dominación de Francia en toda Europa era casi un hecho y que su rey había llegado á ser el árbitro de todo en esta parte de nuestro

(2) FUENTES: Las colecciones de documentos; *Œuvres de Luis XIV, Recueil des Instructions... Corps universel diplomatique... Les grandes traités... Mémoires de Pomponne... Relazioni* de los embajadores venecianos, citadas en las págs. 255 y 291; Leonard, *Recueil des traités de paix*, Rotterdam, 1693, 6 vol., especialmente en el tomo VI; Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*, ed. Bourgeois, París y Lyon, 1900.

OBRAS: Las de Ranke, Green, Erdmannsdörffer, Philippon, Pagés, Rousset, de Saint-Prest, citadas en las páginas antes mencionadas. Además: Legrelle, *Louis XIV et Strassbourg*, París, 1881; Pfister, *Les réunions en Alsace*, en la «Revue d'Alsace,» 1895; Hoelscher, *Die öffentliche Meinung in Deutschland über den Fall Strassburgs*, Munich, 1896; Reuss, *L'Alsace au XVII^e siècle*, 2 vol., París, 1897-98; Bardot, *La préfecture des six villes libres impériales d'Alsace*, Lyon, 1899; Kaufmann, *Die Reunionskammer zu Metz*, Metz, 1900.